

## EL REGALO DE CARLOS

En casa hay un ajetreo enorme. ¡Nos vamos de vacaciones! Carlos corre de un lado para otro, ahora con la raqueta, ahora con el balón, ahora con el patinete. Ana, presa del nerviosismo intenta cerrar las maletas mientras Javier comprueba que la cámara de video tiene pilas y cinta. Sara, inmóvil en el quicio de la puerta, observa la escena agarrando con fuerza su oso de peluche.

- ¡Vamos, vamos, id subiendo al coche!-grita Javier-  
¡Ya son las 9 de la mañana, seguro que hay tres kilómetros de caravana!

¡Qué prisas tiene este hombre, si aún no han cogido mi correa! Seguro que se les olvida. Carlos y Sara se sientan detrás, y se colocan rápidamente el cinturón. Javier coloca todas las maletas en el maletero, y la bici en la baca del todo-terreno. Ana, después de comprobar que todo ha quedado en orden cierra la puerta de la casa y se coloca en el asiento delantero del coche. Efectivamente se han olvidado de mi correa.

-¡Pipo, ven aquí!- me llama Javier- De un salto me coloco entre Sara y Javier, nos vamos a la playa.

Ya llevamos tres horas de viaje y esto es un calvario. Sara y Carlos no paran de pelearse, y como estoy en el medio, cuando se escapa un manotazo, lo recibo yo. Javier y Ana llevan discutiendo todo el viaje : "Que si por tu culpa hemos salido muy tarde, que si la culpa es tuya porque no me ayudas en nada... ¡Qué mañanita me están dando!, espero que se les pase cuando lleguemos a la playa. Por cierto aún nadie ha mencionado mi correa.

Uff, por fin parece que paramos, pero esto no es la playa. Ah, es una estación de servicio, los niños necesitan ir al baño, yo también, hay que poner combustible al coche y Ana y Javier van a tomar un refresco.

Qué alivio poder estirar las patas, voy a darme cuatro carreras. Necesito beber agua y por aquí no hay ningún sitio donde yo pueda refrescarme. ¡Caramba con esta familia! Con los nervios que tienen nadie se acuerda que yo puedo tener sed.

Mientras esta gente se despeja un poco, voy a buscar agua, porque está visto que por mucho que jadee alrededor de ellos, no se enteran de mi necesidad. Espero que se relajen cuando lleguemos a la playa.

Huy, ese motor que arranca parece el coche de Javier. ¡Vaya prisa les ha entrado, no me ha dado tiempo ni a estirar las patas.

¡Ya voy, esperadme, ya voy, no arranques Javier, faltó yo.! ¡Espera, espera, espera! ¡Ana! ¡Carlos! ¡Sara! ¡Que faltó yo!.

Corro y corro, pero todo es inútil, ellos corren más. ¡Un momento! Sara y Javier golpean el cristal trasero del coche y parece que chillan y lloran. No sirve de nada, Javier conduce cómo se le persiguiera un tornado.

Me quedaré aquí, a la sombra en este pinar, seguro que vuelven a por mí en cuanto puedan dar la vuelta, ahora no pueden he oído decir a Javier que íbamos por la autovía y que si nos equivocábamos no podríamos girar. Sí eso es, seguro que vuelven a por mí.

¿Cuánto tiempo habrá pasado? Está cayendo el sol tengo hambre, sed, estoy cansado, sólo y no sé dónde voy a pasar la noche. ¡Caramba, yo no soy un perro callejero, y ahora me siento perdido e inútil!. Al menos los perros que yo veía sin dueño, sabían buscar comida y defenderse. Me daban pena cuando les veía buscando comida por los contenedores de basura, y los humanos les chillaban para espantarlos, pero hoy me dan envidia, ellos saben sobrevivir sin ayuda de nadie, yo no.

¡Que extraños son los humanos! Te llevan a su casa, te obligan a seguir sus normas, te presentan a sus amistades, te compran correa, bozal, y después te dejan cuando ya te has adaptado a sus manías, te dejan tirado en la primera gasolinera que encuentran.

Carlos cumplía ocho años, y pidió a sus padres como regalo de cumpleaños, una mascota. Por supuesto le complacieron y después de debatir qué mascota sería mas adecuada para el niño, decidieron que su regalo fuese un perro. Pero no un perro cualquiera, debía tener pedigrí, Mucho pedigrí.

Hacía un mes que yo había nacido, ya correteaba por la finca de Juan, con mi madre y mis tres hermanos que habían nacido a la vez que yo. Juan se enfadaba con nosotros porque le pisábamos las plantas y hacíamos mucho barullo ladrando. Pero, a pesar de todo, nos quería, nos cuidaba, nunca nos faltaba comida, ni agua, y todos los días encontraba un hueco para jugar con nosotros y acariciar nuestro pelo revuelto. Yo también le quería.

Aquella tarde de Octubre paró un coche que nos era desconocido, a la puerta de la finca. Mi madre ladraba, anunciando a Juan que tenía visita, y nosotros nos unimos a ella. En unos minutos, un señor muy trajeado y perfectamente engominado, y una señora subida a unos enormes tacones, estaban frente a nosotros hablando con Juan.

Mi destino estaba echado, a aquellos señores les parecí una "preciosidad".

-Es una ricura, decía la pija, parece una bolita algodón". Juan señalaba a mi madre diciendo:

-Es cierto, son preciosos, pero estos animalitos crecen, y mucho. Miren su madre, cuando llegó aquí, también era como un algodón de azúcar, y después tuve que ampliarle la caseta.

-No se hable más -dijo el del pelo pegado- nos llevaremos uno, ¿cuánto quiere por él?

- No, no, yo no me dedico a la venta de perros – dijo Juan-

- Pero no puede ser -contestó Javier-¿será un “san bernardo” auténtico? ¡Y estos perros valen mucho dinero!

- Sí, es un auténtico “san bernardo”, pero yo ni siquiera sé cuánto puede valer. Sin embargo, - continuó Juan- le voy a regalar uno de los cachorros, han nacido cuatro y son demasiados para mí. Me da pena separar a uno de su madre, pero me consolaré sabiendo que con ustedes tendrá una vida más agradable. Escojan ustedes el que más les guste.

El yupi, arrugó la cara, sin duda contrariado, porque Juan ni siquiera había reparado en su porta-talonarios de piel de cocodrilo, y además era la primera vez que alguien no se rendía a su poderío económico.

- ¡Éste querido! -insistía Ana- tiene unos ojitos muy tiernos y me gusta la blancura de su pelo.

- Está bien –dijo Javier- nos llevaremos éste, pero insisto en pagárselo.

- De ninguna manera -contestó Juan – me conformo con saber que con ustedes estará como un rey.

Aquella misma tarde, me pusieron un enorme lazo rojo, me metieron en una caja decorada con dibujos de globos y bicicletas, y acto seguido llamaron a Carlos:

- ¡Carlos, corre ven! Te hemos traído tu regalo de cumpleaños.

Carlos, muy emocionado, abrió la caja, y allí estaba yo absolutamente desconcertado, asustado y maravillado, porque sabía que su carita de sorpresa y alegría, el brillo de sus ojos, y sus gritos ensordecedores, eran por mí. Por mí, un simple chucho, que jamás había despertado tantas emociones en un hombre.

Nada más sacarme de la caja, me pusieron una horrible correa que me daba mucho calor y me hacía sudar. Me dieron un plato con una comida extraña que yo nunca había probado, y otro cuenco con agua. Después casi me ahogan intentando bañarme, frotaban mi pelo todos a la vez, pero con mucho cuidado y tratando de hacerme agradable el baño. Me gustó. El problema vino cuando me sacaron de la bañera y yo sentí el excesivo peso del agua, como yo no sabía el siguiente paso, me sacudí con energía y bañe a todos, además del suelo y las paredes.

Así comenzó la vida con mi nueva familia. Los primeros días, se peleaban por sacarme a la calle, por ponerme la comida, por bañarme, y por acariciarme; pero cuando transcurrieron dos semanas, seguían peleándose, porque para todos era un trabajo enorme ocuparse de mí.

Fueron pasando los meses, y aunque ellos gruñían por todo, y yo añoraba la finca de Juan, mi vida era cómoda y placentera. Únicamente me sentía angustiado cuando Javier comentaba:

-Este perro se ha hecho muy grande, suelta pelo por todos los sitios, y por mucho que le bañemos, siempre hay un olor extraño en casa.

Ahora estoy aquí, perdido, no han vuelto a buscarme. ¿Por qué? ¿No habrán notado que faltó yo? O quizá, ¿ya habían pensado abandonarme aquí? ¿Será por hacerme grande? ¿Será por soltar pelo? ¿Será porque como mucho?. No, es porque se les ha pasado el capricho y ya no me quieren.

Será mejor que me acerque a la estación de servicio, quizá se pongan en contacto con los responsables de la gasolinera para preguntar por mí. Paran coches y más coches, pero ninguno es Javier. El "gasolinero" me mira, yo creo que con cierta ternura, quizá me ayude. Llama por teléfono ¡Habla de mí! ¿Qué es una perrera municipal?

Ha pasado un largo rato y este hombre sigue mirándome con pena. Saca un paquete envuelto en papel brillante, es un bocadillo. ¡Qué hambre!. Lo parte por la mitad y me acerca un trozo. Es la mejor comida que me han dado nunca, parece que se van arreglando las cosas.

Ahora llega un camión con barrotes, ¡qué sucio está!. Se apea un hombre vestido con un buzo azul oscuro que tiene unas letras en el bolsillo superior derecho, lleva algo en la mano, parece un palo.

-¿Dónde está el San bernardo?- pregunta el hombre del buzo azul

- Por qué pregunta por mí, yo no le conozco. ¿Habrá enviado Javier a este hombre a buscarme? Seguro que es eso.

- Ahí lo tiene, - responde el "gasolinero"- es un perro muy pacífico, y no creo que sea un perro callejero. Más bien parece un perro abandonado, porque lleva por aquí casi todo el día y nadie ha preguntado por él.

Entonces Javier no ha preguntado por mí. ¿Dónde me van a llevar? ¿Quién es este hombre? Se acerca a mí el hombre de azul con el palo amenazante en la mano. ¡No me pegues! ¡No me pegues!

- ¡ Sube! – grita a la vez que señala el camión-

Yo doy un salto y me subo antes de que se enfade y use el palo. ¿Qué será una perrera? La han mencionado unas cuantas veces, pero yo no sé qué es. Ya me ha cerrado la puerta y siguen hablando. Otra vez la perrera:

- Y ahora, ¿qué hacéis con él? – pregunta el empleado de la gasolinera-

- Pues esperamos dos semanas, y sino lo adoptan, lo tenemos que sacrificar.

No sé qué quiere decir eso, pero he sentido un fuerte escalofrío y mi intuición me dice que no es nada bueno. El camión comienza a moverse, giramos y vamos en dirección contraria a la que siguió Javier y su familia.

Esto no me gusta nada. Es posible que si hago mucho ruido y alboroto, este hombre pare a ver que me pasa. Es mi única oportunidad. Comienzo a ladrar como un poseso y a moverme de un lado a otro de esta jaula.

-¡Chucho, estate quieto! ¡Cállate! Voy a tener que usar la porra eléctrica para tranquilizarte.- Decía el conductor.

Mi situación es cada vez más crítica, si no estoy espabilado, voy derecho a la perrera, y no sé porqué, pero no me gusta la idea. Está parando, se baja del camión, ya viene. Abre la puerta de la jaula. ¡Ahora! Doy un salto por encima de su cabeza y corro. Corro como alma que lleva el diablo. Estoy agotado, pero ya no hay rastro del camión, lo he conseguido. He escapado

Está muy entrada la noche, dormiré por aquí y mañana será otro día. No conozco nada de este lugar, y sin embargo huelo algo muy familiar para mí. ¿Es posible que Juan esté cerca? Mi olfato me dice que al menos ha pasado por aquí.

Está amaneciendo y mi nariz no deja de olisquear a Juan. Seguiré el rastro, no creo que esté demasiado lejos porque su olor me llega penetrante. ¡Ahí está! ¡Es la finca de Juan! Mi madre ladra, me ha reconocido. Mis hermanos también. Sale Juan:

-¿Qué os pasa?¿Por qué ladráis tanto? Has vuelto, ¿qué ha pasado? ¡Qué sucio estás! Entra anda, te daré un baño en el estanque y te pondré comida.

Ahora sí estoy feliz, aquí no hay alfombra para dormir, ni comidas exóticas, pero tampoco hay correas ni bozales. Juan no me abandonará a mi suerte nunca. Para un coche a la puerta, sale Juan, yo me escondo y sólo le oigo decir:

- No, jamás volveré a entregar a nadie uno de mis perros. Lo hice una vez creyendo que iba a tener una vida mejor y sólo fue el capricho de una familia que lo abandonó cuando cambiaron el sofá y su color de pelo desentonaba.

**Autor: César Navarro Llorente, Bach. 2º C**

**2º Premio de Prosa, Categoría C, Cervantes 2005**